

Encarnada es la túnica que viste esta Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna y María Santísima de la Amargura. Color de martirio y de testimonio. ¿Por qué sacamos nuestras benditas imágenes a la calle? Porque deseamos compartir con todos lo mejor de nuestra fe: seguimiento fiel a Cristo. No hay afán alguno de presunción, sino de ofrecimiento. Si las puertas de los templos parroquiales de Santa María La Mayor y San Pedro Apóstol están abiertas de par en par, lo es para que todos puedan entrar y a nadie se le pida razón alguna del porqué lo hace. Pero también están franqueadas para que todos comprendan la incuestionable misión de la Iglesia, que es la de salir al mundo y evangelizar y ofrecer a todos los hombres y mujeres una razón de esperanza en la vida, pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

El cristiano no puede refugiarse en la tranquilidad del templo, sino que tiene que cumplir el mandato de Jesucristo de predicar abiertamente el misterio de Dios en todos los ámbitos de la vida pública y social. El cristiano, donde quiera que se encuentre, tiene que ser testigo del Señor muerto y resucitado.

EL AMOR Y EL DOLOR

Mirad y ved si hay dolor como mi dolor. Mirad y ved si hay amor como mi amor. Carmelitas y Servitas se unieron y fusionaron para dar mayor culto y veneración a la Señora de los Dolores. En esta Cofradía se habla de San Juan, el discípulo amado, de la Elevación de la Cruz y el Cristo de la Expiración, que significan el culmen del sacrificio en una muerte entregada en amor por todos.

Imágenes de dolor y sufrimiento son éstas. Podemos comprender la hermosura de la imagen, pero no el dolor ni el sufrimiento que cada uno lleva dentro. Nos enerva y rebela la violencia y la extorsión, el sufrimiento de los inocentes, las guerras y los enfrentamientos, las heridas y las lágrimas de tantas y tantas gentes. No intentes comprenderlo. No tiene razón ni sentido. Pero fijate bien que al lado de la cruz de Cristo esta su madre, Nuestra Señora de los Dolores. Allí, junto a su hijo. Y estaba deseando que la cruz, la expiración y la muerte llegaran hasta ella, y que pudiera padecer y morir antes de contemplar a su hijo sufriente en la cruz. El dolor y el sufrimiento no se comprenden, el amor todo lo explica y no se le puede pedir razón, pues el amor a los que se quiere solamente se entiende queriéndoles con toda el alma.

De la mañana a la noche rompiéndote el alma en el trabajo para sacar adelante a tu familia. ¡Que sacrificio tan grande! Y más horas que tuviera el día, puedes decir, si ello sirve para llevar bienestar a los que más se quiere. El amor todo lo explica. Y cuantas veces has pedido a Dios, al vislumbrar el posible dolor o desamparo de tus hijos, que lo sufrieras tu mismo, tu misma.

Antes de ver padecer a los que quieres tanto que hasta por ellos darías tu vida. El mal y el dolor no se comprenden. El amor necesita de muy pocas explicaciones. Esa, y no otra, fue la razón de la muerte del Señor Jesucristo, entregado por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificación, como dice San Pablo.

LA MISERICORDIA

De nuevo, una imagen de Antonio Castillo Lastrucci. Una admirable sensación de armonía entre muerte y vida. Lo negro del sepulcro y la serenidad majestuosa de la imagen del rostro de Cristo, están como repitiendo la profecía de que esa tumba quedara vacía pasadas las horas y cuando llegue el tercero de los días.



La hechura de las imágenes de esta Hermandad del Santísimo Cristo del Sepulcro es casi reciente. Pero documentos acreditan de la antigüedad de esta Cofradía que, representando el entierro del cuerpo muerto del Hijo, hace comprender la inagotable misericordia del corazón de la Madre que va ofreciendo clemencia, misericordia y perdón. Que esto es Piedad.

Y la Piedad lleva a sentir la grandeza de la misericordia. Solo la inmensidad de la misericordia divina explica que puede cambiar el corazón del hombre, insensible como la piedra, en un corazón de carne lleno del amor de Cristo.

"También en los momentos mas difíciles y complejos, además de actuar con sensatez, hemos de volvernos ante todo a su amor. El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de en fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. Todo esto es indispensable para transformar los *corazones de piedra+ en *corazones de carne+ (Ez 36,26), y hacer así la vida terrena más *divina+ y por tanto más digna del hombre" (Caritas in veritate 79).

Para el cristiano, la misericordia se hace criterio de discernimiento para saber de la bondad de las acciones y de la coherencia con la ley de Dios. El que ha recibido misericordia ha de hacerse misericordioso. Esto es señal y garantía de estar en el camino verdadero de un amor auténtico. La misericordia se acepta como don de Dios y se hace vida en ideas y conducta. Y ya, revestido de ella, el hombre aparece como testigo creíble de la misericordia. La fuente de la misericordia está en el mismo corazón de Cristo, pues allí encuentra lo ancho y profundo del amor de Dios, con el que se desea estar y al que se quiere proclamar misericordioso. Como decía Juan Pablo II, la misericordia, igual que la cruz, es "como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre" (Divis in misericordia 8). 15